



Universitat
Oberta
de Catalunya

LA DEMOCRACIA HACKEADA

¿Puede Resistir el liberalismo político al
embate de las redes sociales?

**TRABAJO FINAL DE MÁSTER EN FILOSOFÍA PARA LOS
RETOS CONTEMPORÁNEOS**

AUTOR: AZARAY CALMAESTRA FERNÁNDEZ

TUTORA: ALBA TORRENTS GONZÁLEZ

Junio 2021

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
2. Estado de la cuestión: la democracia asediada	4
3. ¿Qué es esa cosa llamada liberalismo?.....	6
4. ¿De qué modo pueden las redes sociales erosionar los fundamentos políticos de las democracias liberales?.....	18
5. ¿Podemos fiarnos de nuestra racionalidad?.....	26
6. Conclusión: Repensando la democracia.....	33
7. Bibliografía.....	36

Resumen:

En este trabajo argumentaremos que las democracias liberales se encuentran amenazadas por las empresas que basan su modelo de negocio en la captación y gestión de datos de los usuarios. Este tipo de empresas despliegan mecanismos de vigilancia y seducción que vulneran nuestro proceso de toma de decisiones, afectando a los sistemas de control político que la ciudadanía ha ejercido tradicionalmente en las democracias liberales. Fundamentaremos nuestra tesis ofreciendo una definición compleja de qué podemos entender por liberalismo para, posteriormente, explicar de qué modo este tipo de empresas tecnológicas amenazan con aglutinar un poder excesivo. Después, explicaremos de qué modo nuestra racionalidad, entendida como el proceso de toma de decisiones, es vulnerable a determinados tipos de sesgos cognitivos que explotan las redes sociales y limitan nuestra autonomía. Concluiremos esbozando algunos escenarios desde los que articular una estrategia de resistencia para recuperar nuestra soberanía política.

Palabras clave: democracia; liberalismo; redes sociales; racionalidad; sesgo cognitivo

1. Introducción

La idea de este TFM surge de la tesis que proponen Harari en su obra *21 problemas del siglo XXI* según la cual las democracias actuales están siendo hackeadas. En este sentido, lo primero sería concretar qué es lo que entendemos por democracia y

que creemos que es lo que la caracteriza como tal. La ideología de fondo tras el origen y la concepción de nuestras democracias representativas es lo que algunos autores han llamado liberalismo político, de ahí que tratemos de conceptualizar qué es el liberalismo y cuáles son sus fundamentos para, después ser capaces de analizar cuáles de esos fundamentos son los que están siendo hackeados y hasta qué punto las democracias los comparten. Por lo que la pregunta principal que guiará nuestro trabajo es la siguiente: ¿Puede resistir el liberalismo político al embate de las redes sociales?

La metodología que utilizaremos será principalmente un análisis bibliográfico. Dado que este trabajo versa principalmente sobre filosofía política el análisis de la noción de liberalismo vertebrará toda la investigación por lo que el método hermenéutico será fundamental para defender nuestra tesis, fundamentarla y, por ende, generar una suerte de diálogo entre los diversos autores trabajados que nos permita alcanzar una mejor comprensión acerca de qué es lo que está fallando en nuestros sistemas de organización política.

Así, para responder a la pregunta principal he creído conveniente explorar tres subpreguntas que me permitirán fundamentar la tesis de la que parto y, finalmente, esbozar una hoja de ruta para escapar de dicha situación. En primer lugar, es conveniente plantear cuáles son las ideas que vertebran la ideología que justifica y conforma el liberalismo. Necesito concretar qué es lo que se está hackeando, que tipo de presupuestos son los que amenazan las nuevas formas de verdad y de comunicación que han aparecido junto a las redes sociales. De este modo podré explicitar las nociones sobre las que pivotan nuestra noción de la justicia y los mecanismos mediante los que nos aseguramos de que nuestro sistema político funcione.

En segundo lugar, hemos de explicar que novedades incorporan las redes sociales al área política y de qué modo son capaces de erosionar estos fundamentos. Hemos de analizar de qué modo la aparición de las redes sociales e internet ha supuesto la demolición de algunos de los pilares sobre los que se sustenta tradicionalmente el liberalismo político y también en los que se soportan la mayor parte de las democracias occidentales actuales. A grandes rasgos, el problema surge cuando ponemos en cuestión la presuposición de que todo el proceso de elección democrático se soporta sobre la libre elección de un sujeto racional que decide quien quiere que le represente entre un grupo de partidos o líderes políticos determinados. Dicho sistema puede formar una sociedad justa en tanto que dicha decisión es libre, está meditada y no responde más que a los

intereses y a las convicciones del individuo. La cuestión es que la influencia que está empezando a generar en el voto las redes sociales, gracias a las campañas propagandísticas de los partidos, y los fenómenos de desinformación (*fake news*, bulos, etc.) que han surgido asociadas a ellas hace peligrar dicha afirmación. En este sentido, el presente trabajo se propone plantear cuáles son esas bases en las que se soporta el liberalismo y que comparte con la noción de democracia tal y como se ha entendido en Europa para, después, mostrar como el capitalismo de datos y la aparición de las redes sociales han comenzado a socavar dichos fundamentos y de qué modo la neurobiología y la sociología con su análisis del funcionamiento de la racionalidad humana son capaces de explicar el mecanismo mediante el que se está produciendo dicha debilitación.

Este problema político es uno de los más urgentes de nuestro presente tras el auge de la extrema derecha en toda Europa y las exitosas campañas políticas de personajes como Bolsonaro o Trump que lograron aglutinar el voto desde un discurso impolíticamente correcto, xenófobo y populista que amenaza los cimientos mismos de la legitimidad de las democracias actuales. Por su parte, las redes sociales han supuesto un fenómeno novedoso que está alterando la forma en la que nos comunicamos y desde la que conocemos el mundo, por lo que analizar qué efectos tiene en nuestra comprensión de los asuntos políticos es fundamental para comprender nuestra situación presente. La capacidad de los algoritmos y de las inteligencias artificiales para recabar información sobre nosotros (para “leernos”) amenaza con transformar radicalmente las reglas del juego de la política. De tal modo que se altera, incluso, la forma en la que nos concebimos a nosotros mismos allanando el camino hacia una nueva suerte de pacto social en el que las inteligencias artificiales se erijan como una especie de *ciberleviatán*. El peligro radica en ceder cada vez más ámbitos de nuestra toma de decisiones a las inteligencias artificiales; de tal modo que, poco a poco, vayan ocupando los espacios tradicionalmente reservados a la autonomía humana.

En tercer lugar, complementaremos esta lectura mediante el análisis de la literatura que analiza el funcionamiento de nuestra racionalidad y de sus vulnerabilidades. Sólo si somos capaces de entender que rasgos de nuestra racionalidad son los que explotan las redes sociales podemos diseñar estrategias para minimizar sus efectos y, por tanto, desde las que constituir una ciudadanía autónoma que aspire a poseer cierto control sobre sus propias decisiones.

La tesis de este trabajo es que las herramientas para explotar económicamente los datos, el capitalismo de datos, nos exponen ante una tecnología que amenaza con limitar nuestra libertad y desmoronar los sistemas de control político que ha desarrollado la democracia liberal. Esto se debe a que nuestra racionalidad, nuestra capacidad para procesar adecuadamente la información, es más débil de lo que creíamos. Las redes sociales explotan este tipo de debilidades para mantener nuestra atención generando un flujo de información constante. Ante nuestra incapacidad para gestionar dicha información tendemos a dejar que sean las propias redes las que tomen las decisiones por nosotros. La democracia liberal es inviable cuando la ciudadanía pierde su capacidad de tomar decisiones y la delega en algoritmos que condicionan nuestros gustos y preferencias.

En este sentido el principal objetivo del trabajo será reconstruir el núcleo argumentativo en el que se soporta el liberalismo político para, así, detectar dónde se están formando en la actualidad las principales fisuras de dicha ideología. Tras ello, veremos cómo esta serie de fenómenos tecnológicos están carcomiendo dicha ideología y a qué parece deberse dicho impacto. Posteriormente analizaremos de qué modo funciona nuestra racionalidad y a qué se debe su incapacidad de respuesta. Finalmente, esbozaremos alguna estrategia de resistencia desde la que resituarnos y concebir lo político como un espacio común capaz de evitar la perversión de la situación actual. Debemos repensar la política y desarrollar estrategias para neutralizar el efecto de las redes sociales y de los diversos medios de comunicación en las decisiones de la ciudadanía.

En definitiva, este trabajo puede resumirse en las siguientes subpreguntas: ¿Qué entendemos por liberalismo? ¿Somos libres cuando no hacemos más que seguir el curso de acción que una inteligencia artificial ha diseñado en base a nuestra información previa? ¿Hasta qué punto somos manipulables?

2. Estado de la cuestión: la democracia asediada

La democracia es casi tan antigua como sus críticos. Una de las principales críticas a las estructuras de gobierno democráticas la encontramos en la *República* de Platón (Held, 2001) diálogo en el que el filósofo utiliza dos metáforas para criticar las democracias de su tiempo. La primera metáfora que utiliza Platón en la República para criticar la democracia de su tiempo es la metáfora del capitán de barco. En ella Platón nos

cuenta que el gobierno de las democracias es como un barco en el que los marineros han tirado por la borda al capitán y se han erigido a sí mismos como dueños y señores del curso del barco. La inquietud de Platón surge no sólo porque estos marineros están peleando constantemente por el poder (como podemos ver ciertas cosas no han cambiado), sino porque argumentan que no existe nadie más capacitado que ellos para llevar el barco cuando es evidente que están equivocados. Lo están porque llevarlo no es algo que se pueda aprender sobre la marcha y porque, si se diera la casualidad de que hay alguien más capacitado entre ellos, terminarían por tirarlo por la borda. Con esta metáfora Platón quería expresar la inquietud que le producía la inestabilidad del poder que implicaba la democracia. Frente a esta rotación de los cargos, él proponía un gobierno estable y dirigido por un único especialista: el filósofo. Este filósofo ideal de Platón era lo suficientemente experto como para discernir las mejores políticas para la sociedad y lo suficientemente íntegro como para no sacar tajada de su gestión política.

Unos cuantos siglos más tarde el liberalismo político reivindicó la capacidad racional de los individuos para guiarse tanto a sí mismos como al resto a través de las mejores decisiones posibles. El problema de Platón se había resuelto de forma elegante mediante la representatividad ya que se daba estabilidad a los sistemas democráticos y además se garantizaba que quiénes se dedicaran a la política fueran profesionales cuya principal función era la gestión de lo público. Por otro lado, el problema de la corrupción quedaba subsanado gracias a la racionalidad de los votantes, quiénes eran lo suficientemente inteligentes como para determinar si el gobierno estaba actuando adecuadamente o no y, por tanto, si resultaba pertinente seguir confiándoles el timón del barco durante otra legislatura más.

Solventada la primera crítica prestémosle atención a la segunda metáfora que utiliza Platón. Poco después de la metáfora del barco nos propone pensar en una gran y estúpida bestia que es alimentada y cuidada por un hombre. Este hombre sabe qué hacer para que la bestia esté contenta y dócil, sabe cómo hablarle y acariciarle para que esté tranquila, que alimentos le gustan y le disgustan y cómo manipularla para que le obedezca de buena guisa. Platón nos da a entender que esa gran bestia es el pueblo y el adiestrador son los sofistas quienes a base de observarlo aprenden cómo, cuándo y de qué modo hay que proponer los proyectos políticos para que los apruebe el pueblo y salgan adelante. Los sofistas enseñan a manipular al pueblo y, en tanto que dependen de la fuerza bruta de esa gran bestia, llaman bueno a lo que prefiere el pueblo y malo a lo que le desagrada. La

crítica platónica plantea dos problemas interesantes a las democracias de su tiempo: por un lado, la opinión pública puede quedar cautiva de las malas artes de los demagogos; por otra, los demagogos para mantenerse en el poder pueden priorizar las demandas del pueblo al bien común.

De nuevo, el liberalismo se mostró capaz de evitar el cautiverio de la bestia en tanto que fue capaz de constituir sociedades abiertas y heterogéneas. En tanto que el estado no tiene ninguna potestad para definir qué es lo bueno o lo malo, es el ciudadano de a pie quien, mediante el ejercicio de su autonomía, debe de priorizar sus intereses para constituir su propio proyecto vital. Esta neutralidad estatal que se limitaba a dirimir los conflictos de los individuos y no a actuar en su nombre fue capaz de construir sociedades en las que la heterogeneidad y la particularidad de los individuos fueron el motor del desarrollo y del progreso. Es esta diversidad de proyectos la que evita la manipulación y nos obliga a deliberar constantemente para tratar de armonizar dichas voluntades divergentes; de ahí la insistencia liberal en el libre mercado, un espacio abierto desde el que desarrollar proyectos personales, y en la educación como motor del progreso de la sociedad. No está de más recordar, en este sentido, el lema kantiano de *¡Sapere Aude!* Atrévete a pensar y ejerce tu autonomía para evitar toda forma de manipulación. Ese es el canto de guerra mediante el que el liberalismo fue capaz de blindar a las democracias para evitar la amenaza platónica.

Ahora bien, si observamos por un momento el presente parece que, en cierto sentido, la crítica de Platón está hoy más vigente que nunca. Cada vez somos más conscientes de los límites de nuestra racionalidad a pesar de que nuestras esperanzas políticas están cifradas en la necesidad de actuar del modo más racional posible para que nuestras instituciones políticas sean justas. Y, por otro lado, el desarrollo de las redes sociales ha supuesto todo un desafío a las democracias liberales ya que poseen el potencial de manipular a una gran cantidad de la población poniendo el riesgo la principal garantía de justicia de nuestro sistema democrático: la elección libre de los individuos de sus representantes durante las elecciones.

3. ¿Qué es esa cosa llamada liberalismo?

El siguiente apartado lo dedicaremos a fundamentar teóricamente el núcleo teórico del liberalismo político. En tanto que, como explicamos en el apartado anterior, las democracias liberales surgen como un mecanismo mediante el que solventar los dos

problemas de las democracias que ya Platón había planteado, la falta de competencia de los gobernantes junto con la maleabilidad de la opinión pública (Lassalle, 2019) es necesario entender a que nos referimos con la etiqueta “liberal” antes de explicar por qué dicho mecanismo está comenzando a fallar.

La tarea de dar una definición de una ideología tan antigua como la del liberalismo es excesivamente complicada debido a la heterogeneidad de sus formulaciones. Debido a cuestiones de espacio hemos decidido presentar brevemente la formulación que ofrece el influyente economista Juan Ramón Rallo (2019) colaborador de periódicos como *Voxpopuli*, *El Confidencial* y *Libertad Digital*, tertuliano eventual en la televisión y creador de contenidos en *Youtube* ya que nos parece que refleja una lectura del liberalismo excesivamente simple y que tiende a desdibujar la complejidad de dicha ideología. Tras ello, desarrollaremos el análisis que despliega el politólogo Michael Freedman (2019) que propone una definición crítica basada en la recopilación de una serie de argumentarios y focos de interés de corte histórico, las diversas capas del liberalismo, junto con la recopilación de una serie de conceptos nucleares del liberalismo cuya definición ha ido fluctuando en las diversas formulaciones del liberalismo. Nuestra tesis es que algunas de estas capas y tres de estos conceptos: la libertad, la racionalidad y el poder son en la actualidad insostenibles o, al menos, requieren de una urgente reformulación. Por tanto, el liberalismo como ideología se desmorona ante la injerencia de las redes sociales en el espacio político.

Lo más problemático de la noción de liberalismo es que es uno de esos términos que dice más en función de quién lo dice que por sí mismo. No es para menos, puesto que lleva en nuestro vocabulario político desde hace al menos cuatro siglos y como tal ha ido adaptándose en función de las modas y los contextos sociales en los que se le ha invocado. De este modo, liberalismo puede designar a un político progresista en EE. UU. y se utiliza para designar a un político conservador en España. Tal es el caos terminológico que cada vez es más habitual que el término liberal cobre presencia acompañado de etiquetas que tratan de determinar claramente a qué se está refiriendo; es el caso de términos como neoliberalismo, liberalismo social, liberalismo clásico, libertario, libertarista, etc. Toda esta vorágine semántica apunta a un fenómeno más complejo y, en cierto sentido, obvio:

No existe una única, inequívoca cosa llamada liberalismo. Todos los liberalismos que han existido, y que existen, seleccionan deliberada o inconscientemente ciertos ítems del enorme repertorio liberal acumulado y excluyen otros, porque algunos elementos son

incompatibles entre sí y porque las modas y prácticas intelectuales cambian. Como consecuencia, una multitud de sistemas de creencias y de teorías anida bajo el título de liberalismo, y ninguno de ellos puede contener todas las posibilidades -las ideas y los arreglos políticos- que el término en su plenitud máxima si bien hipotética puede abarcar, o que las prácticas políticas liberales han abarcado a lo largo del tiempo y del espacio (Freeden, 2019:16)

En este sentido el liberalismo es una ideología que se ha ido reformulando a lo largo del tiempo y que varía según la tradición en la que se ubique quién lo use. Por lo que quizás sea más pertinente hablar de “liberalismos” en plural que en singular. Este fenómeno hace que tengamos que ser precavidos cuando estemos ante definiciones del liberalismo simplistas y con pretensión de unicidad. Es el caso de Juan Ramón Rallo cuando tras reconocer la variabilidad del término opta por ofrecer una definición articulada en torno a diez conceptos básicos que, según él, conforman dicho proyecto político y que resume del siguiente modo:

El liberalismo es una filosofía política basada en el reconocimiento universal e igualitario de cada individuo del derecho a que nadie interfiera violentamente sobre sus proyectos vitales, tal como éstos se despliegan a través de las propiedades que pacíficamente haya adquirido y de los contratos que voluntariamente haya suscrito. El liberalismo es libertad de asociación civil y comercial entre personas sobre la base de su propiedad y de sus contratos, así como limitación, interna y externa, del poder político que vela por toda esta estructura de derechos. De ahí que su basamento sea (1) el individualismo y (2) la igualdad; sus columnas, (3) la libertad de acción, (4) la propiedad privada, (5) la autonomía contractual y (6) la reparación del daño causado; su entablamento, la (7) libertad de asociación, (8) el libre mercado y (9) el gobierno limitado; y su frontispicio, (10) la globalización, esto es, el orden político liberal de carácter universal [La numeración es mía] (Rallo, 2019: 183)

Esta definición es excesivamente concreta. Plantear la noción de liberalismo en estos términos supone desdeñar otras formulaciones que gozan en la actualidad de bastante salud. De hecho, esta variante hace un excesivo hincapié en la autonomía de los sujetos, hasta el punto de priorizar ésta sobre cualquier otra de las bases de la posición política. Al enfatizar tanto la autonomía contractual, el libre mercado y la limitación del gobierno podemos poner en riesgo la cobertura de las necesidades básicas de los sujetos que, desde otras posiciones del liberalismo, son fundamentales para garantizar *de facto*

su libertad. Entiende que la prioridad política debe ser una autonomía individualista fundamentada en la capacidad del sujeto para establecer acuerdos y llevarlos a cabo; todo aquello que suponga una limitación para dichos proyectos, siempre que se atengan a la legalidad, supone una traba burocrática que ha de ser eliminada. Así, los convenios laborales, los sistemas de redistribución de la renta o la regulación estatal de mercados suponen situaciones de interferencia en la autonomía de los ciudadanos que según él resultarían inadmisibles políticamente. Finalmente, tal y como veremos más adelante, esta variante del liberalismo se ve especialmente amenazada por el impacto de las redes sociales debido su énfasis en una suerte de autonomía y racionalidad del ciudadano excesivamente idealizada. Veremos de qué modo esta variante del liberalismo es, en la actualidad, menos viable que en el pasado.

En esta línea podríamos categorizar esta noción de liberalismo como libertarismo, en terminología de Sandel (2011: 71-91), o neoliberalismo según Freedman (2019: 212-216). Plantear que esta es la única forma de concebir el liberalismo resulta muy reduccionista y no nos sirve para el cometido de este trabajo. Por lo que propondremos un marco más amplio desde el que definir el liberalismo para dar cuenta de forma efectiva de los efectos que las redes sociales y la macroeconomía de datos genera en la política contemporánea.

Necesitamos un aparato conceptual capaz de abarcar más modulaciones de liberalismo, esto es, más flexible. Un marco que nos permita abarcar las formas que el liberalismo ha adoptado a lo largo de su historia. En este sentido Freedman (2019: 36) nos propone un análisis que combina la perspectiva histórica junto con la perspectiva semántica o morfológica. Así, la perspectiva histórica estaría conformada por cinco capas o estratos temporales cuyo peso se iría acumulando a lo largo de la tradición de pensamiento liberal. Estas capas son flexibles, en el sentido de que determinadas formulaciones del liberalismo tienden a desprenderse de algunas de las capas, disminuir su peso o enfatizar la importancia de algunas otras. Por su parte, la perspectiva morfológica parte de un núcleo semántico conformado por siete conceptos que están presentes en todas las variantes del liberalismo, pero, cuyo sentido o interpretación tiende a divergir según la formulación de dicho discurso. Dedicaremos lo que resta de capítulo a presentar el aparato de Freedman para, posteriormente, analizar cuáles de esos elementos nucleares se han visto pervertidos por la actual revolución tecnológica.

Desde la perspectiva histórica podemos distinguir cinco estratos argumentales que han ido haciendo énfasis en diversos aspectos de la política. La tradición liberal ha ido cambiando mucho a lo largo de su historia y ha ido sumando contribuciones de autores muy distintos que escribían en contextos sociopolíticos diferentes, esto hace que el núcleo argumental haya ido cambiando a lo largo de la historia agregando capas, olvidando otras, haciendo más énfasis en unas o restando la importancia de otras. No obstante, si prestamos atención seremos capaces de distinguir cinco núcleos argumentales.

El primer estrato entiende el liberalismo como una teoría de la restricción del poder (Freeden, 2019:36). En este sentido trata de proteger los derechos de los individuos y de asegurar un espacio en el que las personas puedan vivir al margen de la presión gubernamental. El liberalismo de esta capa surge como una defensa ante los gobiernos autoritarios en el que los individuos reclaman un espacio propio de actuación en el que el estado no pueda interferir, este espacio es vital para garantizar la seguridad y la supervivencia de la ciudadanía. En el fondo, se reclama un espacio de libertad que, paradójicamente, también se entiende de forma restrictiva:

La primera capa fue -y sigue siendo- un liberalismo de liberación y restricción simultáneas. Es un liberalismo de liberación porque se despejan espacios alrededor de los individuos, para que estos tengan la libertad de expresarse, de ser considerados como parte del cuerpo político y de actuar sin estar sujetos al miedo o al favor de los gobernantes. Pero se trata asimismo de una libertad restringida, porque, para que a un individuo concreto se le reconozca tal libertad, es necesario concedérsela también a otros. Y, dado que la libertad de un individuo puede chocar con la de otro, la libertad no puede ser ilimitada para todos (Freeden, 2019: 86)

En este sentido es fundamental tener en cuenta la distinción entre libertad y licencia que ya establecen autores como Locke (1689/2000). Mientras que la licencia designa a una situación o estado en el que todo estaría permitido, la libertad requiere de una sociedad organizada legalmente a través de normas. Ser libre supone actuar en base a un código compartido que se aplica del mismo modo a todos los miembros de la sociedad. Así, será la salvaguarda de la constitución, del estado de derecho, el principal objetivo de todo gobierno y, por ende, el núcleo en torno al que se organizará la sociedad civil. Esta primera capa incide en la importancia de articular un gobierno capaz de

establecer una constitución justa y de garantizar la libertad de los individuos que componen la sociedad.

Por su parte, el segundo estrato desvió el foco del discurso liberal de proteger los intereses y la libertad individual al fomento de las relaciones entre individuos y entre individuo y estado a fin de lograr el máximo desarrollo posible material y espiritual. En este sentido, el vehículo a través del que lograr este desarrollo fueron los mercados y la defensa del libre mercado. Los ciudadanos dejaron de definirse como portadores de derechos naturales iguales para concebirse como sujetos con distintas capacidades y talento que habían de actuar y colaborar entre sí para transformar su entorno social y económico.

Así, el fundamento de esta segunda capa fue la extensión del derecho natural a la propiedad que ya había planteado Locke en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil* y se interpretó como algo fundamental para lograr el progreso social y económico. La actividad comercial ilimitada y el impulso de la iniciativa emprendedora se interpretaba, según esta segunda capa, como un modo de lograr el progreso social por medio del aumento de la producción y el consumo y, por tanto, la estimulación de la riqueza. Fomentar la riqueza suponía desarrollar una sociedad más culta, feliz y virtuosa. Por ello, el papel del estado ya no debía centrarse tanto en la defensa de la libertad de la ciudadanía, sino en garantizar la libertad de los intercambios socioeconómicos y de la iniciativa privada. En definitiva, se interpretó que sólo a través de la defensa de los mercados podíamos garantizar la libertad humana:

La segunda capa del liberalismo conservó la idea de la libertad individual, pero reconsideró las prioridades del Estado y lo convirtió en el garante de dicha libertad. La zona de libre albedrío de la primera capa fue reescrita: su inclinación por el gobierno limitado se asociaba ahora con el mensaje de libre comercio, que fue grabado en negrita en esta segunda hoja o capa. La tarea del gobierno ya no consistía simplemente en ofrecer protección contra la opresión arbitraria, puesto que además debía eliminar los obstáculos al buen funcionamiento de las relaciones económicas. La segunda capa liberal supuso una nueva versión de la naturaleza humana: competitiva, potencialmente agresiva e insaciable (Freeden, 2019:92)

En cambio, la tercera capa propuso una teoría del progreso humano a lo largo del tiempo, destinada a promover el desarrollo del potencial y de la capacidad de los individuos siempre que no chocara con el bienestar de los demás. Esta capa alcanza su

formulación más clara en la defensa que hace John Stuart Mill (1859/1997) de la diversidad individual y de la excentricidad. Argumentando que el estado ha de respetar las rarezas de los demás siempre y cuando no supongan un daño o un peligro para los demás. Pues, aunque se salgan de la norma, habitualmente son este tipo de mentes las que aportan una mayor fuente de innovación y de creatividad a la sociedad; fomentando su desarrollo y mejora. En este sentido, preservar este espacio de la individualidad es un imperativo ético que promueve el desarrollo de la virtud de toda la ciudadanía.

El énfasis de la tercera capa no está en el “dejar hacer” político y económico de las dos primeras capas respectivamente, sino en el “dejar crecer” de las capacidades individuales. Entiende que sólo así se puede lograr el desarrollo de la virtud y de la moral de la ciudadanía. Así, la principal herramienta para lograr este desarrollo no será el afán de lucro, sino la defensa de la libertad de expresión y una defensa radical del derecho a la educación:

(Mill) estaba preocupado por lo que tales individuos hacían dentro de esos espacios (de libertad) y fuera de ellos. Que alguien se pasase la vida de brazos cruzados, o, peor aún, que se entregase a la degeneración, no era aceptable, pero solo podía desalentarse mediante el oprobio, no a través de la fuerza o la legislación. El liberalismo asumía ahora el fomento de un individuo maduro y en continuo progreso (Freeden, 2019:93)

En esta tercera capa ya no importaba la competitividad individual, sino la posibilidad de desarrollar el pleno potencial de todos los seres humanos. La libertad había de concebirse como la condición de posibilidad para desarrollar una vida virtuosa y contribuir en el desarrollo de una sociedad feliz y justa. Sin ese tipo de autonomía, si vivimos una vida heterónoma, no hay posibilidad de desarrollo y, por tanto, no hay posibilidad real ni de libertad ni de individualidad.

De nuevo, la cuarta capa supuso un replanteamiento de las relaciones de las personas en el espacio social. Para que los individuos pudieran ser libres y lograran desarrollarse como tal necesitaban de unas condiciones de bienestar básicas que había de garantizar el Estado. Esta capa reconoció que el espacio social no debía separar a los individuos mediante la construcción de barreras protectoras a su alrededor, tal y como defendía la primera y la tercera capa, sino que dicho espacio debía de entrelazar a los individuos más allá de las relaciones mercantiles. Los miembros de la sociedad dependen los unos de los otros y, en este sentido, no pueden sobrevivir sin la ayuda y el apoyo de

los demás. El núcleo argumental de esta capa reside en la defensa de que dicho apoyo no debe interpretarse ni como opresivo, ni como controlador sino, más bien, como la base para garantizar el desarrollo de la individualidad y de la libertad.

Además, reinterpretó el objetivo de proteger a las personas frente a una intervención injustificada en su espacio ampliando los peligros que acechaban a la ciudadanía. Junto a la necesidad de evitar la intervención física o legal inapropiada, se sumaba el deber de evitar la necesidad, la enfermedad, la ignorancia, la miseria y el desempleo que se concebían como obstáculos para que los individuos pudieran desarrollar todo su potencial y, por ende, sus proyectos vitales. De este modo, el estado, bajo supervisión democrática, había de facilitar la satisfacción de dichas necesidades vitales mediante la creación de instituciones capaces de garantizar dichas coberturas. En definitiva, esta cuarta capa supuso la creación del Estado de Bienestar y todo su sistema de garantías a fin de crear una sociedad cooperativa y armonizable:

La cuarta hoja oscureció el mensaje relativo a la naturaleza presocial de los derechos, pues consideró que estos era resultado de la pertenencia social, es decir, un regalo obligatorio de la sociedad a sus elementos fundamentales: los seres humanos. De hecho, se redujo sensiblemente la prominencia de la libertad propia de la primera capa liberal, ya que esa prominencia debía ahora ser compartida con el bienestar y el crecimiento humanos (Freeden, 2019: 100)

También se vio afectada la segunda capa que asumía la naturaleza mercantil de las relaciones humanas, reduciendo la importancia del libre intercambio de bienes y servicios en el desarrollo de una vida buena. Esta cuarta capa aún promovía el libre comercio, pero siempre que no supusiera un obstáculo en la garantía de las necesidades de los miembros de la sociedad.

Finalmente, la quinta capa rompió con la visión unitaria y homogénea de la sociedad de la capa cuatro. Los liberales han ido tomando conciencia de la dispersión del poder en la sociedad y de la formación de distintos grupos sociales con intereses particulares. La sociedad está conformada por una heterogeneidad de identidades y culturas que reivindican su propio espacio político y, esta perspectiva, ha de ser atendida como algo positivo y no como una debilidad de las sociedades contemporáneas:

Avanzado el siglo XX, pasó a un primer plano lo que se conoció como “política de la identidad”. Para los liberales, no bastaba ya con tener en cuenta la pluralidad de grupos

que compiten en la esfera pública por la realización de sus intereses comerciales, financieros o locales. Surgió un mapa más permanente de la diversidad humana, uno en el que las antiguas y problemáticas categorías raciales y biológicas fueron en parte superadas. Las categorías alternativas basadas en el género, el origen étnico, la religión y la orientación sexual, lejos de ser negadas, excluidas o ignoradas, lograron poco a poco abrirse paso en la conciencia liberal dominante (Freeden, 2019:102)

Esta capa asume la diferencia como algo que enriquece a la sociedad y que, por ende, hay que integrar políticamente sin aniquilarlo. Esta pluralidad de ideas, valores y estilos de vida se concibe como algo positivo que el estado debe garantizar y promover.

Como podemos ver a lo largo de la historia ha habido tensiones entre las diferentes capas del liberalismo. El objetivo de nuestro trabajo será detectar que capas se han visto más afectadas por el fenómeno de las redes sociales y replantearnos qué tipo de liberalismos son incapaces de afrontar dicho desafío. En este sentido, el liberalismo es un cuerpo teórico lo suficientemente flexible como para redefinirse y adaptarse al presente; pero hemos de repensar que tipo de formulaciones son compatibles con los ideales de libertad y autonomía que atraviesan todas las capas. Por ello, una segunda aproximación al concepto de liberalismo por medio de su morfología puede ayudarnos a detectar en que puntos se genera la mayor fricción.

Aunque las cinco capas supongan un continuo intento de encaje y desajuste de las distintas capas al contexto y a los intereses políticos del momento. Todas ellas han de compartir una serie de rasgos que las permitan reconocerlas como parte de una misma ideología. Si bien toda ideología apela a conceptos e ideas centrales que desea promover, ordenan y organizan sus ideas en un patrón distinto y claramente identificable. En este sentido el núcleo del liberalismo está conformado por siete conceptos políticos que se modularán en función de la variante del liberalismo que se desarrolle. Esto se debe a que cada uno de estos conceptos tiene un peso proporcional dentro de la familia liberal, habrá liberalismo que hagan más énfasis en unos u otros, y, en segundo lugar, a que cada uno de esos conceptos portan más de un significado por lo que en función de cómo interpretemos dicho concepto surgirá una modulación u otra. De este modo, la noción de libertad puede entenderse como la ausencia de coacciones externas, tal y como se defiende en la primera capa, o como la posibilidad de cultivar el potencial individual, tal y como se defiende en la tercera y cuarta capa.

Según Freedman (2019:39) el núcleo del liberalismo está conformado por siete conceptos políticos: la libertad, la racionalidad, la individualidad, el progreso, la sociabilidad, el interés general y, el poder limitado y sujeto a rendición de cuentas. Veremos de qué modo pueden solaparse e interpretarse estos siete conceptos y cuáles son más vulnerables al desarrollo de las inteligencias artificiales y las redes sociales.

En primer lugar, hemos de referirnos al concepto que da nombre a la ideología en sí, el concepto de libertad. Aunque resulta imposible concebir una variedad de liberalismo que no reconozca la noción de libertad como parte de su núcleo ideológico, especificar qué estamos entendiendo por libertad resulta una tarea más compleja. Podemos concebir la libertad como un espacio libre de daño e intromisiones del poder, como el libre ejercicio del potencial humano o como la carencia de todo poder o fuerza que tienda a deshumanizarnos y enajenarnos. Según cómo definamos dicho concepto nos situaremos en una variante del liberalismo o en otra. En este sentido, aquellas formulaciones que entienden la libertad como el espacio libre de la intromisión del estado o de fuerzas externas se situarán en el argumentario de la primera capa; si, por el contrario, concebimos la libertad como la posibilidad de desarrollar nuestro potencial humano nos situaremos en la tercera o cuarta capa. Así, si no reducimos la noción de poder (Han, 2019: 11) “al intento de vencer la resistencia o de forzar a una obediencia”, esto es al poder que se formula a través de la violencia o la coacción política; sino que reconocemos otras modulaciones, de corte foucaultiano, que operan a través de la coincidencia mediante la acción inducida por el “otro” y la asimilación subjetiva de dicha acción por parte de un “yo” que, ingenuamente, se siente libre:

El hábito designa la totalidad de disposiciones o costumbres de un grupo social. Surge por asimilación de los valores o las formas de percepción que están planteados en función de un determinado orden de dominio. Posibilita un amoldamiento en cierta manera prerreflexivo -y también eficiente somáticamente- al orden dominante existente, generando un automatismo de la costumbre en la que, por ejemplo, los desfavorecidos socialmente actúan en función de los modelos de conducta que estabilizan justamente aquel orden dominante que ha conducido al perjuicio de ellos (Han, 2019: 68-69)

La noción de “libertad” defendida por el liberalismo político es mucho más frágil ante un poder concebido de este modo. Este poder es mucho más sensible a la manipulación y, lo que es peor, no se percibe ni como coacción ni como violencia y, por tanto, tiende a quedar invisibilizado.

El segundo concepto característico es el de racionalidad. Freedman lo define del siguiente modo: “presupone la capacidad de las personas para tomar decisiones razonadas; para reflexionar sobre los objetivos y la forma de vida propios; para portarse con los demás de manera considerada, inteligible y respetuosa” (2019: 122). El liberalismo asume que de algún modo los individuos han de poseer la capacidad de actuar de forma autónoma, esto es, de ser agentes intencionales en la toma de decisiones. Esto supone reconocer que son capaces de orientar su vida en función de sus principios y consideraciones y, por tanto, de determinar que cursos de acción son los más adecuados para perseguir dichos objetivos. Veremos como el principal problema que supondrán las inteligencias artificiales al liberalismo consiste en debilitar esta presunción. En primer lugar, porque la investigación científica parece apuntar a que nuestra racionalidad es mucho más débil que lo que tradicionalmente hemos creído (Sapolsky, 2018: 679-732) y, en segundo lugar, porque el desarrollo de este tipo de inteligencias presenta un horizonte en el que su racionalidad compite con la nuestra y, en determinados ámbitos, parece imponerse de forma tajante (Baños, 2020: 193-247).

Un tercer concepto sería el de individualidad que se refiere a los rasgos espirituales y morales del carácter y de la voluntad. Es la característica que permite comprender a los individuos como singularidades cualitativas, como seres únicos y originales. En tanto que la individualidad requiere de un desarrollo potencial basado en los entornos a los que se exponen los individuos, conformar dichos entornos y garantizar su acceso será parte del objetivo de toda política liberal. Cabe decir que, a pesar de parecen inferir algunas formulaciones del liberalismo, no podemos confundir la individualidad con el individualismo, que implica priorizar el papel de los individuos en la estructura social como si fueran la única unidad de la sociedad.

El cuarto término es el de progreso que introduce en la noción de liberalismo una dinámica positiva del cambio social y político. Se promueve una transformación positiva de la sociedad por medio de la inventiva y del desarrollo del potencial humano, lo que a la larga genera sociedades más justas, desarrolladas y felices. Por medio de los conceptos de libertad y de racionalidad analizados previamente los individuos pueden desarrollar todo su potencial de tal modo que revierta positivamente en la sociedad; de este modo este desarrollo no es teleológico, ya que las decisiones y los cursos de acción que tomarán los individuos son impredecibles.

En quinto concepto clave del liberalismo será el de sociabilidad, que nos obliga a tener en cuenta que existe una fuerte interdependencia entre los sujetos que es beneficiosa, ya sea en términos morales, como defenderá Stuart Mill (1859/1997), o en términos económicos, como defienden autores como Rallo (2019).

Por su parte, el sexto concepto está estrechamente ligado con la sociabilidad. Hablamos del concepto de interés general. Este nos lleva a la reivindicación liberal según la cual el liberalismo ha de hacer referencia a todos los individuos y grupos, evitando establecer diferencias de clase, estamento, raza o género. Este concepto tiende a traducirse en una reivindicación de una suerte de intereses humanos universales que, en cierto sentido, nos unen más allá de nuestras diferencias. La defensa de la dignidad, la razonabilidad o el respeto mutuo son ejemplos de este tipo de reivindicaciones comunes a toda la humanidad.

Finalmente, el séptimo concepto nuclear será el de poder entendido este como limitado y sujeto a una rendición de cuentas. Desde el liberalismo de Locke (1689/2000) la preocupación por el abuso del poder y el establecimiento de sistemas de contrapesos capaz de calibrarlos, como la división de poderes, serán una de las principales preocupaciones del liberalismo como ideología. Tal y como afirma Freedman:

En una política liberal, las decisiones se hallan circunscritas y limitadas por un sistema de controles y contrapesos, por el poder compensatorio, por las reglas constitucionales sobre los usos justificables y, por tanto, exigibles del poder, y, no menos importante, por una dispersión de dicho poder, lo cual hace que este resulte menos peligroso, pues se encarga el ejercicio del mismo a una variedad de grupos (2019:128-129)

Este será otro de los puntos conflictivos del liberalismo con el advenimiento de las redes sociales. En tanto que unas pocas empresas digitales son las que aglutinan la mayor parte del tráfico de datos y las que toman de forma unilateral las decisiones respecto a la gestión y a la explotación de dichos datos. Dado que el poder y la influencia que este tipo de empresas aglutinan es cada vez mayor y está fuera de los tradicionales cauces políticos resulta realmente complicado establecer sistemas que limiten el ejercicio del poder en las redes y que, por tanto, permitan a la ciudadanía desarrollar estrategias de resistencia a dicho poder.

En resumen, de los siete conceptos que conforman el núcleo del liberalismo, al menos tres de ellos se verán con serios problemas para articularse debido a la influencia

de las redes. Dichos conceptos son el de libertad, el de racionalidad y el de poder. En el siguiente apartado veremos en mayor profundidad a que se deben dichas problemáticas.

4. ¿De qué modo pueden las redes sociales erosionar los fundamentos políticos de las democracias liberales?

Tras haber formulado un aparato crítico capaz de dar cuenta de las diversas formas del liberalismo cabe plantear cual es el desafío ante el que se encuentra en el presente.

Para ello partiremos de la tesis que Harari defiende en su obra *21 problemas del siglo XXI* según la cual el desarrollo de sistemas de recolección y gestión de datos junto con la comprensión de cómo funciona nuestra estructura de toma de decisiones supone el fin de las democracias liberales tal y como las conocemos. Posteriormente, fundamentaremos su tesis mediante el análisis que realiza el especialista en Filosofía del Derecho José María Lassalle en su libro *Ciberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital* (2019) en el que explica de que modo las empresas que desarrollan y explotan este tipo de sistemas están mermando la capacidad de decisión de la ciudadanía y, por ende, la soberanía y el control de los sistemas democráticos. Al tiempo, enriqueceremos su análisis mediante la contribución que realiza el especialista en geoestrategia Pedro Baños (2020) analizando las técnicas de manipulación política que se despliegan en los medios de comunicación y las redes sociales.

Según Harari la confluencia entre el desarrollo de la neurobiología y la comprensión cada vez más completa de cuáles son los procesos neurológicos que intervienen en la toma de decisiones, así como sus vulnerabilidades, y el desarrollo exponencial de inteligencias artificiales capaces de procesar de forma efectiva grandes cantidades de datos pueden poner en riesgo la presunción de que los seres humanos somos libres:

Por un lado, los biólogos están descifrando los misterios del cuerpo humano, y en particular del cerebro y los sentimientos. Al mismo tiempo, los informáticos nos proporcionan un poder de procesamiento de datos sin precedentes. Cuando la revolución de la biotecnología se fusione con la revolución de la infotecnología, producirá algoritmos de macrodatos que supervisarán y comprenderán mis sentimientos mucho mejor que yo, y entonces la autoridad pasará probablemente de los humanos a los ordenadores. (Harari, 2018: 69)

Si el concepto de libertad se convierte en una quimera, en tanto que nuestra autonomía a la hora de determinar nuestro curso de acción es aparente, parece muy difícil defender la noción de racionalidad. Dado que dicha razón estaría operando en el vacío al no ser capaz de fundamentar nuestras decisiones, ya que habrían sido impuestas de forma externa. Y, finalmente, si la libertad no existe y la racionalidad es un correlato de una decisión impuesta resulta imposible desarrollar estrategias capaces de limitar o resistir a aquellos poderes que intentan imponernos su voluntad. La presunción de Harari apunta a la imposibilidad de, al menos, sostener tres de los siete principios nucleares del liberalismo: libertad, racionalidad y poder, que hemos descrito en el apartado anterior.

Del mismo modo, desde la perspectiva histórica el liberalismo político también resulta desarticulado al dismantelar las presunciones de la primera capa del liberalismo, pues ya no habría ningún lugar al que escapar del control y de la vigilancia del poder, impidiendo la autonomía de la ciudadanía y su resistencia a las imposiciones de las diversas fuentes de autoridad. También resultan dañadas las presunciones de la tercera capa ya que la autonomía del individuo, que le permitía desarrollarse como tal en un espacio privado a través del ejercicio de su racionalidad, no sería más que una ensoñación pues no respondería a un sujeto que determina su propio camino, sino a un sujeto manipulado. Ya no podríamos concebir a dicho sujeto como el responsable del curso de acción que ha elegido en tanto que sus decisiones obedecerían al resultado de una serie de técnicas diseñadas para estimular los resortes adecuados de su sistema neuronal, resortes definidos gracias al procesamiento de la ingente cantidad de datos que dicho individuo ha cedido a lo largo de toda su vida. En este sentido nuestra capacidad de decisión, nuestro “libre albedrío”, no sería más que una fantasía que nos narramos a nosotros mismos pues nuestras decisiones no son más que el resultado de las diversas estrategias de manipulación a las que estamos expuestos día tras día:

La mayoría de los usuarios de redes sociales no son conscientes de que a diario interactúan con cientos de *bots*, pues estos tienen un comportamiento tan similar al humano que es casi imposible detectarlos. Al igual que hace una persona, los más sofisticados dan *likes* o comparten y comentan contenidos. Un mayor conocimiento sobre la mente humana y de las posibilidades de su recreación mediante IA, así como el propio dinamismo del ciberespacio, hace que buena parte de las interacciones en las redes sean falsas o estén condicionadas (Baños, 2020: 78)

A la manipulación en redes habría que añadirle, la manipulación proveniente de la publicidad, de los medios de comunicación, de las instituciones e, incluso, de los círculos sociales y familiares con los que compartimos nuestro día a día. Nuestra autonomía estaría continuamente asediada e influenciada por los demás, lo que hace que nos cuestionemos si nuestras decisiones son el producto de una deliberación racional y autónoma, purificada de este tipo de influencias, o son más bien el correlato de las acciones a las que nos han inducido previamente.

Finalmente, el argumentario de la cuarta capa también se vería debilitado en tanto que ya no habría una racionalidad que cubrir, estimular y proteger mediante el desarrollo de políticas sociales; el potencial de este tipo de tecnologías permite un tratamiento individualizado de las necesidades de cada ciudadano sin necesidad de establecer un tejido social homogéneo al que proteger y estimular para garantizar su libertad y desarrollar su racionalidad.

En este apartado nos centraremos en analizar las consecuencias políticas que tiene la creación de inteligencias artificiales capaces de captar, gestionar y operar con volúmenes tan grandes de datos; posteriormente, en el siguiente apartado, analizaremos lo que los descubrimientos en neurobiología nos enseñan sobre nuestra racionalidad y sus debilidades.

Lasalle, en la línea de Harari, argumenta que la implantación de este tipo de tecnología está provocando una reformulación del pacto social tal y como se ha entendido en la tradición política occidental derivando en una suerte de autoritarismo regido por lo que él acuña como *Ciberleviatán*:

El contrato que incuba el nacimiento de ese Leviatán tecnológico, a diferencia del diseño de legitimación pensado por los iusnaturalistas, no es igualitario sino jerárquico. Probablemente sea el resultado de una confluencia de varios actores e intereses. De un lado, un tecnopoder que forma la élite innovadora y las grandes corporaciones que sustentan el capitalismo cognitivo basado en la economía de los datos que monetiza el uso eficiente de estos. De otro, las multitudes digitales que se integran dentro de las coordenadas de los dispositivos de control y normalización que maneja la revolución tecnológica (Lasalle, 2019: 22)

Podemos definir el tecnopoder como “el punto de engarce entre una política de corte cada vez más totalitario y las tecnociencias sociales en la gestión diferencial de ciertas poblaciones” (Nuñez, 2003: 117). Es decir, el cruce entre el poder como amoldamiento inconsciente, que describimos en el apartado anterior, y la tecnología capaz de generar dicho efecto en la población. Este nuevo autoritarismo que amenaza los fundamentos políticos de las democracias occidentales está sustentado tanto en el tecnopoder que emana de un pequeño grupo de empresas tecnológicas que aglutinan la mayor parte de los sistemas de gestión de datos como en una ciudadanía que se vuelve cada día más dependiente de este tipo de innovaciones tecnológicas cediendo más espacios de autonomía y decisión política. Merece la pena profundizar en estos dos fenómenos para comprender cual es la amenaza a la que se enfrentan nuestras democracias.

En primer lugar, Lassalle defiende que los datos representan en la actualidad la principal fuerza de la revolución digital. Gracias a ellos se generan algoritmos, se entrenan inteligencias artificiales y se desarrolla y mejora la tecnología. Esta versatilidad de los datos ha hecho que supongan una de las principales fuentes de riqueza económica y, desde hace unos años, de poder político. Nunca ha sido tan cierta la vieja sentencia de que la información es poder y lo más preocupante es que la posesión y la gestión del flujo de datos está repartida entre unas pocas empresas que crecen a sus expensas.

El modelo económico basado en la minería de datos lleva estudiándose desde hace unos cuantos años. Las empresas como Facebook o Google ofrecen una serie de servicios aparentemente “gratuitos” cuyos usuarios utilizan de forma constante. A medida que usan sus servicios las webs y aplicaciones van recogiendo los datos que los usuarios van generando. Estos datos, que van desde las búsquedas que realizan hasta las partes de la página a las que prestan más atención, se procesan por una serie de algoritmos, se interpretan y se clasifican utilizándose para vender emplazamientos publicitarios a las empresas que quieren anunciarse. De este modo se consigue crear una publicidad cada vez más perfilada y ajustada a los intereses de los usuarios, una publicidad hecha a medida que permite a la empresa seducir a una mayor cantidad de clientes y que, al tiempo, hace que el usuario esté más expuesto a dichos reclamos. (Ippolita, 2012)

Así atraer a más clientes permite generar un mayor flujo de datos y, por tanto, revalorizar la propia plataforma. El caso de las redes sociales es paradigmático porque además del flujo de datos derivado del uso de la red, hemos de añadir las creaciones e

interacciones de los propios usuarios. Redes como *Instagram* o *TikTok* funcionan insertando publicidad entre los contenidos que generan y comparten los propios usuarios a través de *stories*, posts o vídeos cortos. El acceso a la red resulta gratuito para el usuario porque él es el producto con el que comercian dichas empresas.

Este ingente flujo de datos tiene, además, un efecto desestabilizador en la subjetividad y la arquitectura emocional de los propios individuos. El exceso de sobreestimulación y la incapacidad para filtrar adecuadamente tal volumen de información, el *data tsunami* como lo llamará Lassalle, genera una merma en nuestra capacidad para procesar la información y tomar decisiones razonadas:

El estrés de datos en tiempo real es tan intenso y poderoso que va anulando nuestra capacidad de respuestas bajo un síndrome de infoxicación que afecta a las capacidades epistemológicas y sensibles del ser humano y lo cuestiona, incluso, como sujeto político. No me refiero exclusivamente a los efectos que aquejan al usuario de internet y que reducen su capacidad lectora y de concentración, aumentan su superficialidad y fomentan una visión pixelada del mundo que se agota en una inmediatez fragmentada de respuestas automatizadas. Me refiero a esa mutación íntima (...) que lo hace vivir como un individuo en red conectado permanentemente, desubicado de las coordenadas espacio-temporales y cuya sociabilidad se vincula a su propia activación en la red para lo cual no necesita sino una limitada memoria de trabajo (Lassalle, 2019:38-39)

Este cambio de la subjetividad, esta infoxicación, vulnera nuestra capacidad para tomar decisiones políticas razonadas. Criterio nuclear de la noción de liberalismo político, tal y como hemos ido argumentando a lo largo de este trabajo. De ahí que se hayan dado fenómenos recientes como el auge de populismos en países con una gran tradición democrática, como EE. UU. (Solis O'Neil, 2019), la viralización de bulos informativos que llega a permear incluso en medios de comunicación prestigiosos (Baños, 2020: 70-88), o el aumento del uso de bots para manipular a la opinión pública con fines políticos (Araujo, 2020).

En segundo lugar, esta avalancha de datos desdibuja nuestra capacidad para interpretar el mundo y relacionarnos con él. El exceso de información hace que nos resulte más difícil elaborar una interpretación del mundo coherente, debido al torrente de información contradictoria al que nos exponemos cada día; por su parte, la alternativa implica una desconexión de las pantallas que supone quedarse al margen de la actualidad

de los acontecimientos. Esta contradicción entre nuestras limitaciones y nuestras aspiraciones de formar parte del presente, enterarse del *trendic topic*, hace que sea cada vez más difícil tomar elecciones de forma autónoma y más, cuando contamos con dispositivos, con algoritmos, que nos prometen tomar dichas decisiones de forma más eficiente que nosotros. Cuando el exceso de información nos desborda acudimos a las inteligencias artificiales que la gestionan por nosotros. Ahora bien, esto supone un coste pues:

El poder humano, asumido a lo largo de la historia como capaz de decidir a conciencia y de controlar el curso de los acontecimientos, se tambalea (...) y nos expone como desbordados por todas partes por el complejo entramado de fuerzas artificiales que orientan lo real de manera más fértil o activa. El Ciberleviatán, sin duda, avanza y da sus pasos hacia la ocupación del espacio abandonado de los poderes analógicos. El modelo nacido en la Modernidad [el liberalismo] hace tiempo que perdió pie. Se ve arrastrado por la crisis sistemática de la que el populismo es reflejo y que activa las alertas sociales que reclaman, entre otras cosas, los cesarismos que actúan como heraldos de la dictadura tecnológica que se presentan ante la sociedad como una urgencia de orden y seguridad (Lassalle, 2019:47)

Esta suerte de libertad asistida se abre paso en nuestra cotidianidad sin que nos demos cuenta. El algoritmo de *Google PageRank* es el encargado de organizar las búsquedas que realizamos en su web y de jerarquizar dichas páginas en función de una serie de criterios que la compañía no siempre explicita. Buscar información en *Google* se ha vuelto algo tan cotidiano que incluso los mismos navegadores incluyen por defecto una ventana desde las que hacer búsquedas a través de dicho motor. *Google* se ha convertido en sinónimo de conocimiento y el problema radica en que terminamos por asumir los mismos criterios que el buscador utiliza para filtrar la información. De hecho, el 92% de las búsquedas en *Google* se quedan en la primera página (Shelton, 2017) generando un pingüe negocio consistente en crear contenido web de tal modo que sea bien posicionado mediante el algoritmo que usa la compañía. De este modo, un algoritmo diseñado por una empresa termina por condicionar la forma mediante la que se organiza y presenta el conocimiento a nivel mundial. Lo mismo podríamos decir del algoritmo de *Spotify* que nos descubre e invita a escuchar música en función de nuestros gustos musicales, del algoritmo de *YouTube* que nos recomienda vídeos relacionados con lo que hemos visto previamente, del de *Netflix* que nos recomienda películas o del de *Facebook* que organiza nuestro *Timeline* en función del contenido que la propia red social considera

que nos resulta interesante o que es afín a nuestros gustos. Día tras día cedemos más ámbitos de decisión a inteligencias artificiales: ligamos a través de *Tinder*, viajamos gracias a *Google Maps*, compramos lo que nos recomienda *Amazon* y en el futuro, con el llamado internet de las cosas, se especula sobre la creación de neveras que nos recomienden cómo rellenar la cesta de la compra en función de nuestro historial de compras.

El problema de estos algoritmos no reside en que asuman cada vez más decisiones “banales” de nuestra vida, sino en que están diseñados por empresas que gracias a ellos pueden manipularnos sin que nos demos cuenta. “Lo que no sale en *Google* no existe” suelen afirmar los expertos en posicionamiento web, el peligro consiste en que poco a poco sólo exista lo que determinados conglomerados de empresas determinen que deba existir. En tanto que el diseño y la gestión de ese tipo de algoritmos está vetado a la ciudadanía y cada día resultan más influyentes; resulta obvia la importancia de diseñar redes de seguridad política que eviten un mal uso de estos algoritmos:

Estamos ante un tecnopoder que socaba los fundamentos de equidad de la democracia liberal al promover una estructura algorítmica de la sociedad que influye en la conducta de los seres humanos sin debate público ni legalidad. Un fenómeno jerarquizador que se justifica en términos de utilidad tecnológica ya que pretende impulsar la viabilidad del capitalismo cognitivo al promover nuevos modelos de negocio basados en la creación *ex nihilo* de arquitecturas de programación que profundizan en la manipulación de datos captados en el ciberespacio. (...) La suma de todo ello hace que el algoritmo se haya convertido en la práctica en el sustituto de la Ley. Una norma que deroga cada día el gobierno humano sobre la realidad para instaurar incruentamente el imperio matemático del universo digital (Lassalle, 2019: 95-96)

Nuestra imposibilidad de gestionar el flujo de datos junto con la promesa de los algoritmos de organizarlos por nosotros hace que las bases de nuestras democracias tiemblen. Si bien los principales usos de este tipo de tecnología han sido mercantiles, en el desarrollo de determinadas campañas políticas como la de Obama (Castro Martínez, 2012) y Trump en EE. UU. (Solís O’Neill, 2019), la de Bolsonaro en Brasil (Araujo, 2020) o incluso las últimas elecciones españolas en las que el meme ha sido una pieza clave para seducir al electorado más joven (Maesso, 2020) muestran como los gobiernos son conscientes del potencial de este tipo de herramientas y cada vez centran más sus

estrategias políticas en lograr la mayor difusión en la red posible. Es más, recientemente se ha dado una situación en la que las propias empresas tecnológicas silencian a un candidato político. Fue lo que ocurrió en EE. UU. a comienzos del 2021 cuando una serie de tweets del presidente Trump animaron a sus seguidores a asaltar el Capitolio como protesta por la supuesta ilegalidad de las elecciones. Ante el acontecimiento la plataforma de Twitter decidió bloquear la cuenta del presidente en dicha red social al considerar su discurso peligroso (Wallace, 2021) limitando su libertad de expresión. Fuera, o no, su decisión acertada pone sobre la mesa la dependencia que las instituciones políticas tienen de las redes sociales y el peligro que las empresas que las controlan pueden representar para la legitimidad política. Resulta complicado seguir invocando las proezas políticas del liberalismo cuando el ágora virtual que lo posibilita es un espacio sobre el que pende la espada de Damocles.

Es más, el futuro no parece más halagüeño pues:

Estamos llegando al umbral que separa la predicción de los comportamientos a la determinación. Momento que acontecerá cuando la IA se aplique a la biotecnología. (...) A medida que la capacidad de cálculo permita conocer mejor cómo tomamos las decisiones que pasan por internet, la tentación de basarse en algoritmos será cada vez más irresistible (...) El fenómeno es tan intenso y universal que el concepto de poder y autoridad pueden cambiar de nuevo pronto: de los humanos a los algoritmos, pues, de la misma manera que la autoridad divina estaba legitimada por mitologías religiosas y la autoridad humana estaba legitimada por el relato liberal, así la revolución tecnológica que se avecina podría establecer la autoridad de los algoritmos de macrodatos, al tiempo que socavaría la idea misma de la libertad individual (Lassalle, 2019: 100-101)

La paralizante infoxicación que sufrimos junto con el solucionismo tecnológico auspiciado por el modelo de economía de datos nos arroja a un panorama político en el que la ciudadanía cada vez cede más espacios debido al influjo del tecnopoder que emana de las redes. Lo novedoso consiste en que hasta ahora no había sido posible diseñar estrategias de seducción individualizadas que fueran capaces de vulnerar la racionalidad de los individuos y, por tanto, socavar su libertad. Volviendo a la metáfora de Platón con la que abríamos el trabajo, nos dirigimos hacia un futuro en el que los domares de bestias no es que conozcan qué le gusta al pueblo y sepan cómo seducirlo, sino que conocen a la perfección a cada una de las bestias que compone dicho pueblo y saben que teclas tocar para que bailen al ritmo que deseen marcar. El resultado de todo este proceso es la erosión

del pacto social de corte liberal en el que se sustentan nuestras democracias y la constitución de un nuevo pacto en el que, debido a nuestra ineptitud para gestionar el *data tsunami*, cedemos nuestros espacios de decisión a un algoritmo capaz de tomar las decisiones más eficientes y racionales. Constituimos un Ciberleviatán que nos salve de nuestra incompetencia:

Hablaríamos por tanto de un poder sin control que se vería reforzado al disolverse la ciudadanía en una plebe acostumbrada al control y la vigilancia. Un poder que se sustentaría sobre una muchedumbre cibernauta que viviría adicta a una conectividad electrónica que prescribiría todas y cada una de sus conductas. Convertido en la proyección política de la voluntad de poder de la técnica, el Ciberleviatán no solo sería irresistible, sino que tendría capacidad para tomar toda clase de decisiones (...) sabría previamente interpretar a sus súbditos y decidir sobre cómo conducirles mejor a la hora de desactivar sus malestares y miedos. En este sentido, no tendría dificultades para conducir el enjambre digital como quisiera (Lassalle, 2019: 132-133)

Ante este futuro distópico cabe preguntarnos por cómo funciona nuestra racionalidad y cuáles son las vulnerabilidades que explota el tecnopoder para manipularnos. Una visión más clara de cómo se articula nuestro proceso de toma de decisiones puede indicarnos las claves para articular medidas de resistencia que eviten que nuestra libertad quede cercenada.

5. ¿Podemos fiarnos de nuestra racionalidad?

Para responder a esta pregunta desarrollaremos la tesis del psicólogo Daniel Kahneman (2012) según la cual nuestra racionalidad opera mediante dos sistemas de procesamiento de la información. El más habitual, el Sistema 1, tiende a estar expuesto a sesgos cognitivos; esto es, errores de razonamiento que realizamos de forma inconsciente y de los que no solemos ser conscientes. Esta tesis es coherente con la defensa que realizan otros autores del pensamiento intuitivo como forma de cognición habitual (Gigerenzer, 2018), del análisis del comportamiento que realiza Sapolsky (2018) analizando desde la neurobiología la interacción entre el sistema límbico, más impulsivo, y el lóbulo frontal, capaz de regular la actuación del límbico a costa de consumir más recursos, del estudio de la racionalidad en la implicación de la toma de decisiones morales (Aguilar et al., 2020) y con las estrategias que utilizan los diversos medios de comunicación para manipularnos (Baños, 2020). Si bien, están hablando desde áreas distintas mi tesis es que, en el fondo,

están tratando de describir el mismo tipo de fenómeno. Un análisis en profundidad de dichas fuentes excedería las posibilidades de este trabajo, por lo que utilizaremos la explicación que Kahneman da de los procesos de toma de decisiones e iremos apuntalándolo desde las contribuciones del resto de autores que hemos mencionado.

Hay suficiente evidencia científica como para afirmar que existen dos niveles de pensamiento: El consciente y el inconsciente, y que este último tipo de pensamiento es el predominante en nuestra vida mental (Kahneman, 2012). Por su parte, otro psicólogo, Gerd Gigerenzer (2018:8) plantea que “la inteligencia es una actividad deliberada, consciente, guiada por las leyes de la lógica. Sin embargo, buena parte de nuestra vida mental es inconsciente, se basa en procesos ajenos a la lógica: reacciones, o intuiciones, instintivas”.

Por tanto, parece que podemos afirmar que los seres humanos procesan la información de dos maneras: el pensamiento consciente y el pensamiento inconsciente. El pensamiento inconsciente asume funciones que tradicionalmente se le atribuían al pensamiento consciente como la emisión de juicios, la extracción de conclusiones y la toma de decisiones. Ahora bien, su funcionamiento es distinto al del pensamiento consciente ya que opera mediante una serie de reglas generales que denominaremos heurísticas. En este sentido debemos asumir que la mayor parte de nuestra actividad mental es inconsciente, y solo es consciente una proporción mínima. Los humanos deseamos que todas nuestras preferencias y decisiones sean de carácter racional, pero parece que no es así.

La explicación más extendida y célebre en la actualidad acerca del pensamiento consciente y del pensamiento inconsciente es la ofrecida por el psicólogo Daniel Kahneman en su libro *Pensar rápido, pensar despacio*. Esta teoría se enmarca en sus investigaciones sobre cómo tomamos decisiones económicas, la teoría de las perspectivas, que desarrolló junto con el psicólogo israelí Amos Tversky. En sus investigaciones ambos autores rompieron con las teorías tradicionales que suponían que normalmente los individuos toman decisiones racionales y sólo se desvían de su racionalidad cuando son “desviados” por emociones intensas como el miedo o la ira. Su tesis afirma que, en realidad, dichas desviaciones se dan continuamente en contextos neutros en los que los sujetos no están sometidos a este tipo de estados anímicos; esto es, derivan del diseño de nuestra propia cognición. Veamos en que consiste su propuesta.

Kahneman afirma que cuando tomamos decisiones utilizamos dos tipos de rutas. A la primera ruta la denomina Sistema 1 y se caracteriza por ser una forma rápida de procesamiento de la información (sería lo que otros autores llaman pensamiento inconsciente o intuición). A la segunda ruta la llama Sistema 2 y se caracteriza por ser una ruta de procesamiento de la información más lenta y cara, en términos energéticos (es lo que otros autores han llamado tradicionalmente como pensamiento consciente o razón).

Este autor entiende el pensamiento como el procesamiento de información, el Sistema 1, la intuición, es rápido, opera en segundo plano y se ve afectado por las emociones. El 2, el pensamiento racional, es lento, se da de forma consciente e implica racionalidad. El Sistema 1 está conectado con nuestra naturaleza más animal ya que evolutivamente es más antiguo, lo compartiríamos con otras especies, mientras que el 2 es más propiamente humano o de primates superiores. Aunque ambos sistemas no son excluyentes, pues se actúan en estrecha relación, el Sistema 1 es el que solemos utilizar por defecto; solo cuando la tarea lo requiere, pasamos al Sistema 2 ya que implica un mayor consumo de glucosa y, por tanto, de energía. Es decir, operamos en base a un principio de economización de la energía, en base a la ley del mínimo esfuerzo, por lo que nuestra tendencia natural es a utilizar el Sistema 1 que opera de un modo más rápido, inmediato y barato. El Sistema 2 solo se activa cuando el problema es demasiado complicado como para resolverlo desde el Sistema 1 o cuando nos forzamos a lo contrario y nos obligamos a procesar dicha información desde el 2:

El atento Sistema 2 es quien pensamos que somos. El Sistema 2 se forma juicios y hace elecciones, pero a menudo aprueba o racionaliza ideas y sensaciones que han sido generadas por el Sistema 1. (...) Pero el Sistema 2 no es un mero apologista del Sistema 1; también nos previene de la expresión abierta de muchas ideas locas y de impulsos inapropiados. Prestar atención mejora muchas de nuestras actividades —pensemos en los riesgos de conducir por un lugar estrecho mientras nuestra mente divaga—, y es esencial en algunas tareas que requieren comparación, elección y razonamiento ordenado (Kahneman, 2012: 414)

Ahora bien, ¿cómo piensa el Sistema 1? Es decir, ¿cómo es su forma de proceder? Para una correcta comprensión de estos asuntos debemos distinguir entre heurísticas y sesgos cognitivos. En el Sistema 1, podemos distinguir dos tipos de fenómenos psicológicos. Por un lado, las heurísticas que son los atajos cognitivos o reglas generales

que usamos de forma inconsciente para simplificar nuestros pensamientos o acciones. Por otro, los sesgos cognitivos que son errores sistemáticos de percepción y de pensamiento. Es decir, son una mala utilización de las heurísticas.

Las heurísticas son los atajos mentales del pensamiento inconsciente, es decir, estrategias para la toma de decisiones y la resolución de problemas, en especial cuando la información es incompleta o los problemas son complejos. Nos ofrecen “reglas generales” para hacer juicios y tomar decisiones usando el sistema cognitivo rápido y asociativo del cerebro (el Sistema 1). Cuando la razón no anula ni corrige nuestro atajo heurístico, a veces caemos en “sesgos cognitivos”, que son errores sistemáticos en el pensamiento. Así, podemos definir el sesgo cognitivo como los errores sistemáticos de percepción, memoria, pensamiento, juicio o decisión que cometemos de forma habitual sin ser conscientes de ellos.

Además, los sesgos cognitivos tienen algunas características: En primer lugar, son opacos, dado que ocurren a un nivel por debajo del consciente, no los podemos detectar. Es decir, si los detectamos ya estaríamos en el nivel consciente y no podrían ser un sesgo. En segundo lugar, son constantes ya que nos engañan siempre que ocurren. No podemos librarnos de ellos. Este es el precio a pagar por disponer de una mente estimativa que nos ha ayudado a resolver problemas para la supervivencia. Y, en tercer lugar, son universales pues a todos nos engañan de la misma manera. Nadie es capaz de pensar sin caer, en determinadas ocasiones, en la utilización de sesgos. Esto ocurre debido a que:

El Sistema 1 registra la facilidad cognitiva con que procesa información, pero no genera una señal de alerta cuando anda descaminado. Las respuestas intuitivas acuden pronta y confiadamente a la mente, sean fruto de nuestras aptitudes o de nuestras heurísticas. El Sistema 2 no tiene una manera sencilla de distinguir entre una respuesta experta y una respuesta heurística. Su único recurso es ir más despacio e intentar construir una respuesta propia, algo que le cuesta hacer debido a su indolencia. Muchas sugerencias del Sistema 1 son aprobadas solo con una comprobación mínima. Así es como el Sistema 1 se gana su mala reputación como fuente de errores y sesgos (Kahneman, 2012: 415)

La literatura sobre los sesgos cognitivos es muy amplia, pero resulta interesante recapitular algunos de ellos para comprender de qué modo los algoritmos pueden manipularnos. Por ejemplo, el sesgo de representación consiste en la tendencia a inferir que un suceso o persona pertenezca a una categoría ya preconcebida, esto supone que en función de cómo se nos presente la información tenderemos a asociarla del mismo modo.

Este sesgo tiende a ser explotado por los medios de comunicación para marcar la agenda; es decir, para indicar que acontecimientos son los que deben de preocuparnos en un momento dado y, por tanto, para dirigir nuestra atención. Cuanto más se repita un titular o una noticia en los medios más tenderemos a pensar que dicha situación se da de forma habitual. Por ejemplo, cuando los periódicos no paran de publicar noticias sobre secuestros la ciudadanía tiende a pensar que es muy probable que le ocurra cuando, en realidad, es un suceso muy poco frecuente. Una explotación descarada de este sesgo se da cuando determinados medios de comunicación cuelgan en redes links a noticias antiguas para sobredimensionar un determinado tipo de sucesos; del mismo modo, la información viral y los bulos operarían focalizando la atención de los usuarios de las plataformas. La tendencia a gestionar este exceso de información mediante el Sistema 1, sin preguntarnos por su veracidad o comprobar la fecha de la publicación, nos vuelve susceptibles a este tipo de manipulación.

Ahora bien, este sesgo no sólo se explota para que consumamos un mayor tipo de noticias, sino que también se puede explotar políticamente induciéndonos a sobredimensionar un problema menor o generándonos estados anímicos en los que somos fácilmente manipulables como el miedo:

La sobredimensión de un asunto respecto de otros determina qué temas son percibidos como fundamentales por la sociedad. La selección de noticias de los medios condiciona nuestra percepción, focaliza nuestra atención, nos indica lo que es importante, omitiendo otros asuntos que puedan ser más relevantes para nuestras vidas (...) Una vez que se conoce la estrecha relación existente entre el contenido mediático y el pensamiento de la sociedad, resulta extremadamente fácil conseguir que el grueso social tenga en la mente los asuntos que convienen a los grupos de poder, y que los argumentos que se utilicen para pensar sean también producto de laboratorio de esos mismos grupos (Baños, 2020: 65)

Otro sesgo es el de confirmación que consiste en la tendencia a buscar y a priorizar la información que corrobora nuestras hipótesis o creencias. En base a este sesgo tendemos a estar más atentos a aquella información que no contradice o choca con nuestras creencias previas. Este es uno de los sesgos que más explotan las redes sociales ya que en el modelo de negocio que utilizan, basado en la venta de publicidad, se busca que el cliente interactúe con la información que se le presenta de forma individualizada. Así, a la hora de conformar el *timeline* que se nos presenta cuando utilizamos Facebook

el algoritmo que lo diseña tiene en cuenta el contenido que previamente hemos visto, que hemos comentado y al que le hemos dado «me gusta»; por lo que el nuevo contenido que nos presentará tenderá a ser afín o similar al que hemos consumido previamente. Esto hace que la información de corte político o ideológico que consumimos en las redes sociales tiende a no ser contradictoria con nuestras ideas de partida; de tal modo que se dificulta la revisión de las propias convicciones:

El engaño no viene solo de quien nos entrega la información. Nuestras propias ideas preconcebidas nos conducen a asimilar como reales unas informaciones u otras. Y las percibimos como tales por muy falsas que sean, siempre y cuando concuerden con nuestros prejuicios. (...) A diario vemos cómo, según qué partido político esté en el poder, los ciudadanos protestan ante medidas por las que ni reaccionarían si fuera la formación que ellos apoyan la que las llevara a cabo, y viceversa. (...) Es más, se puede dar el caso de que cuanto más información se aporte, cuanto más se intente convencer a la persona para que admita otro punto de vista, más se fortalezca su posición inicial como método de defensa (Baños, 2020:81-82)

Recordemos que la tercera capa del liberalismo defendía que sólo a través de la libertad de expresión podíamos promover un diálogo público que nos sirviera para mejorar nuestras convicciones y comprender mejor nuestras creencias. La censura supone una amenaza a la libertad no porque se prive de voz a alguien, sino porque nos arrebatara la oportunidad de contrastar nuestras ideas y mejorarlas (Mill 1859/1997). Pues bien, la exacerbación de este sesgo que provocan las redes sociales hace que tendamos a consumir sólo información afín a nuestras ideas y a contactar con gente que piense como nosotros. En definitiva, polariza la opinión pública imposibilitando cualquier forma de diálogo.

Por último, el tercer sesgo que mencionaremos es el que se conoce como sesgo del encuadre o problema del marco. Se da cuando una misma información puede dar lugar a diferentes conclusiones en función de cómo se presente. Este sesgo se produce porque la realidad nunca admite una única lectura, sino que lo que acontece tiende a presentar determinadas lecturas posibles e interpretaciones. En sí, esto no tiene por qué ser un problema; pero cuando se aprovecha para privilegiar una visión concreta sobre dicho asunto se convierte en una forma de manipulación:

El *framing* [marco en inglés] consiste en seleccionar aspectos de una realidad y resaltar su importancia, de forma que se cree una visión particular de la situación, una interpretación de las causas, una determinada evaluación moral o de las soluciones que

deberían aplicar. (...) Por ejemplo, si acaba de ocurrir un atentado terrorista, entrar en detalles personales de las víctimas y desgranar el drama acontecido será el contexto perfecto para generar odio hacia un grupo concreto de personas, aunque no estén en relación directa con el atentado (Baños, 2020:83-84)

Es habitual que los diversos agentes que publican en las redes sociales tiendan a presentar interpretaciones sobre lo acontecido asumiendo que es la única lectura que los hechos permiten. La falta de apertura a otro tipo de análisis nos hace menos críticos y, por ende, debilita nuestra capacidad racional. Si a esto le sumamos la infoxicación de la que hemos previamente y el coste que implica pasar del Sistema 1 al Sistema 2; lo normal es que nuestra opinión tienda a construirse de forma acrítica pues, en caso contrario, requeriríamos dedicar un tiempo, del que normalmente no disponemos, y un esfuerzo, que normalmente nos desborda.

Hemos visto como nuestro procesamiento de la información inconsciente es muy vulnerable ante la exposición a las redes sociales. Ahora bien, podríamos objetar que, precisamente, ahí radica el problema y que bastaría con procesarla de forma consciente. Si bien es cierto que, como hemos señalado antes, el Sistema 2 es capaz de contrarrestar los sesgos del Sistema 1, también presenta vulnerabilidades. Por ejemplo, somos mejores detectando violaciones en contratos sociales que tienen consecuencias malévolas que benévolas, como cuando damos más que lo prometido, o tendemos a buscar más causalidad en los sucesos malévolos que en los benévolos, es el caso de las situaciones en las que la omisión de una acción tiene consecuencias negativas en lugar de positivas. Cuando las consecuencias son negativas, tendemos a afirmar que esa persona es la responsable de lo que ha ocurrido; cuando las consecuencias son positivas, no tendemos a atribuir la responsabilidad de la acción y la achacamos a la suerte o al azar (Sapolsky, 2018: 681-682). También parece que el problema del marco afecta al Sistema 2; cuando tenemos que juzgar una situación y esta se presenta de forma abstracta tendemos a considerarla como más injusta que cuando se plantea de forma concreta y personal (Aguiar et al., 2020: 160); e incluso variables como el idioma en el que se nos presenta la situación parecen afectar a nuestras reflexiones morales (Aguiar et al., 2020:175).

Lo mismo ocurre en las situaciones que nos demandan más recursos o nos generan más estrés. Nuestra racionalidad se ve afectada por la exposición a olores (Baños, 2020:43), no procesa del mismo modo textos e imágenes (Baños, 2020:44) y, por

supuesto, se ve afectada por las emociones (Sapolsky, 2018: 691-711). Ya que tal y como afirma Kahneman:

El Sistema 2 no es un dechado de racionalidad. Sus capacidades son limitadas, y con ellas el conocimiento al que tiene acceso. No siempre pensamos a derechas cuando razonamos, y los errores no siempre se deben a intuiciones intrusas e incorrectas. A menudo cometemos errores porque nuestro Sistema 2 no sabe hacer mejor su tarea (2012:414)

El panorama resulta desolador. El nuevo modelo de mercado basado en la economía de datos no solo nos expone ante un tecnopoder que amenaza con la limitación de nuestra libertad; sino que, además, nuestra racionalidad parece tener serias dificultades para ponerle freno. Entre otras cosas porque las redes sociales están diseñadas para ser adictivas y, por ende, incitarnos a utilizarlas, generando constantes flujos de datos que se utilizan para ofrecernos publicidad perfilada. Ya hemos visto como estas redes explotan nuestros sesgos cognitivos y, además, el exceso de información y el formato que utilizan dificulta el correcto procesamiento de dicha información de forma consciente.

Cabe preguntarnos entonces: ¿podemos seguir asumiendo el relato liberal de forma ingenua cuando su núcleo se desmorona ante nuestras narices? ¿Existe algún espacio desde el que resistir al advenimiento del *ciberleviatán*?

6. Conclusión: Repensando la democracia

Tras responder afirmativamente a la pregunta con la que iniciamos el trabajo parece relevante explorar las alternativas de las que disponemos para evitar el colapso de nuestros sistemas de gobierno. Puede que el problema no esté en las redes sociales en sí, sino en una vulnerabilidad que nuestras democracias representativas ya presentaban desde su origen. En este caso lo único que han hecho las redes sociales ha sido explotar dicho punto débil haciendo que el sistema se vuelva cada vez más inestable e ineficiente. Por cuestiones de espacio nos limitaremos a esbozar algunas líneas desde las que ensayar posibles estrategias para salvar la problemática que hemos desarrollado a lo largo del trabajo.

Una primera estrategia podría estar basada en la presunción del transhumanismo tecnológico de mejorar la racionalidad humana por medio de la tecnología (Diéguez, 2021), no debemos confundirlo con el posthumanismo de autoras como Braidotti o Haraway. Ya sea por medio de implantes tecnológicos que mejoren nuestra capacidad

para procesar la información (Diéguez, 2017) o mediante la ingeniería genética que mejore nuestras capacidades cognitivas desde la cuna (Bostrom, Savulescu 2017), la promesa del transhumanismo consiste en la creación de un ser humano más adaptado al entorno tecnológico que sea capaz de procesar la información al ritmo que le demandan las nuevas tecnologías. De este modo, la perplejidad provocada por la infoxicación no mermaría la racionalidad humana. El problema de esta línea de trabajo es que, a parte de rozar la ciencia ficción, especular con tecnología que actualmente no hemos desarrollado y caer en el binomio naturaleza/tecnología, puede agravar aún más el problema. Cuando hablamos de hackear seres humanos estamos utilizando, en cierto sentido, una metáfora; si viviéramos permanentemente conectados a la red o tuviéramos integrados dispositivos tecnológicos la posibilidad de un hackeo sería mucho más real. Por otro lado, esta línea genera graves dilemas éticos que también requieren de una profunda reflexión. En conclusión, quizás sea peor el remedio que la enfermedad.

Una segunda línea consistiría en crear dispositivos, sean gubernamentales o agencias independientes, encargados de filtrar, gestionar y clasificar la información en “fiable” o “no fiable”. El ciudadano medio no tendría que verse apabullado por el exceso de información y por la posibilidad de ser manipulado, ya que una agencia externa se encargaría de realizar ese trabajo por él. Esa fue la pretensión del gobierno español cuando en noviembre de 2020 aprobó un protocolo contra la desinformación, que implicaba gestionar estatalmente este tipo de datos, o el objetivo que hay tras las agencias de verificación de noticias como *Newtral* o *Maldita*. Creo que esta estrategia es ineficiente en tanto que no soluciona el problema sino que lo traslada, pasaríamos de confiar en las redes sociales a confiar en este tipo de dispositivos; este tipo de dispositivos también son susceptibles a ser manipulados, pues siguen siendo susceptibles a sesgos cognitivos y se ven afectados por el exceso de información; y, además, pueden aglutinar demasiado poder o influencia al censurar cierta información y no haber otro dispositivo que vigile su correcto funcionamiento, *quis custodiet ipsos custodes?*

Una tercera línea, en mi opinión más prometedora, propone una transformación de las instituciones políticas. Las anteriores alternativas tratan de controlar y refrenar el funcionamiento de las redes sociales que, por definición, son un producto de la sociedad en su conjunto (a pesar de estar controladas por compañías privadas). Quizás sea más prometedor repensar los supuestos desde los que hemos concebido nuestras democracias.

Una solución a este tipo de problemas podría pasar por blindar las democracias con herramientas y mecanismos que nos permitan inmunizarnos a la manipulación política.

Para ello, nuestras democracias representativas deberían transitar hacia modelos de democracia más participativos en los que el papel de la ciudadanía no se redujera a emitir un voto cada cuatro años. Comprender como funciona la política y de que modo nos afecta implica un tipo de experticia que está relacionada con la propia participación política, gracias a esta experticia los partidos políticos se conciben a sí mismos como “escuelas” en las que egresan sus “profesionales políticos” cuya misión consiste en gobernar a la ciudadanía. Reducir el manejo de esta experticia a los partidos políticos supone privar a la ciudadanía de un bien fundamental para desarrollarse a sí mismos como sujetos autónomos y racionales (Broncano, 2020). Las virtudes epistémicas requieren de un espacio en el que puedan practicarse, si aspiramos a no dejarnos manipular por el exceso de información y por los recursos de las redes sociales necesitamos ser sujetos capaces de pensar críticamente y de detectar como operan nuestros propios sesgos; para ello, es fundamental contar con un espacio en el que podamos poner en práctica este tipo de conocimiento y de praxis política. Mientras el papel de la ciudadanía se siga reduciendo al clientelismo de los actuales partidos políticos, el desarrollo de este tipo de capacidades es inviable; necesitaríamos reestructurar en profundidad nuestros modelos democráticos para fomentar el desarrollo de este tipo de capacidades cognitivas.

Por otro lado, es factible que los partidos políticos en el poder opongan resistencia a la inclusión de la ciudadanía en las esferas de decisión política. Quizás una alternativa realista consista en crear espacios fuera de las estructuras de poder en los que la ciudadanía pudiera entrenar este tipo de capacidades fundamentales para evitar la manipulación. Necesitamos de una “escuela política” en la que entrenar nuestra autonomía, nuestra racionalidad y nuestra capacidad para construir acuerdos entre nosotros. Esto sería posible si transformáramos las instituciones educativas en espacios horizontales en los que la participación y gestión política tuviera un papel central en la gestión del aprendizaje. Si queremos crear a una ciudadanía más comprometida políticamente que sea capaz de resistirse a este conglomerado de fuerzas que emerge de la tecnología, es importante contar con un terreno en el que poder aparecer como ciudadanos y aprender a comportarnos como tales. Un terreno en el que desplegar un mundo común que pueda ser habitable en el futuro.

7. Bibliografía

- Aguiar, F.; Gaitán A. y Viciano H. (2020).** *Una introducción a la ética experimental*. Madrid: Cátedra
- Araujo, C. (2020).** “La red del capital: la estrategia electoral de Jay Bolsonaro”. En *Las redes sociales como herramienta de comunicación persuasiva* (p. 503-517)
- Baños, P. (2020).** *El dominio mental*. Barcelona: Planeta
- Bostrom, N. y Savulescu, J. (2017).** *Mejoramiento humano*. Madrid: TEELL
- Broncano, F. (2020).** *Conocimiento expropiado: epistemología política para una democracia radical*. Barcelona: Herder
- Castro Martínez, Leyvi. (2012).** El marketing político en Estados Unidos: el caso Obama. *Norteamérica*, 7(1), 209-222. Recuperado en 26 de junio de 2021, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35502012000100008&lng=es&tlng=es
- Diéguez, A. (2017).** *Transhumanismo: la búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Barcelona: Herder
- Freeden, M. (2019).** *Liberalismo. Una introducción*. Barcelona: Página Indómita
- Gaitán, A. (2020).** *Una introducción a la ética experimental*. Madrid: Cátedra
- Gigerenzer, G. (2018).** *Decisiones inconscientes. La inteligencia del inconsciente*. Barcelona: Ariel
- Harari, Y. (2018).** *21 Lecciones para el siglo XXI*. Madrid: Penguin Random House
- Held, D. (2001).** *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza
- Ippolita (2012).** *En el acuario de Facebook. El resistible ascenso del anarco-capitalismo*
- Kahneman, D. (2013).** *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: De Bolsillo
- Lasalle, J. M. (2019).** *Ciberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Barcelona: Arpa
- Locke, J. (2000).** *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid: Alianza (Trabajo original publicado en 1689)

- Núñez, V.** (2003). “Entre la Tecnociencia y el Tecnopoder. El desafío de mantener abierta la pregunta acerca de las condiciones de producción de la Pedagogía Social y sus efectos”. *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, 10, 111-122.
- Maesso, S. M. P.** (2020). Hegemonía y contrahegemonía en la sociedad red: El uso del meme con fines políticos en los periodos electorales 2018-2019. In *Actas del III Congreso Internacional Move. Net sobre Movimientos Sociales y TIC (3º. 2019. Sevilla): 14 y 15 de Noviembre de 2019* (pp. 113-131). Universidad de Sevilla.
- Rallo, J.** (2019). *Liberalismo: Los 10 principios básicos del orden político liberal*. Barcelona: Planeta
- Sandel, M.** (2011) *Justicia: ¿Hacemos lo que debemos?*. Barcelona: Penguin Random House
- Sapolsky, R.** (2017). *Compórtate: la biología que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos*. Madrid: Capitan Swing
- Shelton, K.** (30 de octubre de 2017). The Value Of Search Results Rankings. *Forbes*. Recuperado de: <https://www.forbes.com/sites/forbesagencycouncil/2017/10/30/the-value-of-search-results-rankings/?sh=d210b4c44d3a>
- Solís O’Neill, M.** (2019). Noticias falsas y redes sociales en la política: de cómo internet hizo que Donald J. Trump ganara las elecciones estadounidenses de 2016 (TFG). Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.
- Stuart Mill, J.** (1997). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza (Trabajo original publicado en 1859)
- Wallace, A.** (13 de enero de 2021). Asalto al Capitolio: cómo las redes sociales silenciaron a Trump (y el debate sobre la libertad de expresión que se generó). *BBC*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-55641435>